

por sucesor á Salomón en todos sus reinos y señoríos; ó corona es, y esto no me parece menos bien, todo género de atavío y traje galano y de buen parecer, y que agrada al que lo trae, como la guirnalda, que hace al que la trae en la cabeza agraciado; como el mismo Salomón, en el capítulo primero de los *Proverbios*, amonestando al mozo bozal á que diese atención y creyese á sus palabras, le dice que el hacello así le será corona de gracias; conviene á saber, agraciada y hermosa para su cabeza; esto es, lo estará también al alma cuánto cualquiera otro traje hermoso al cuerpo, por galán y gentil que fuese; pues cosa sabida es que el día de las bodas es el día de las galas.

CAPÍTULO IV.

ESPOSO.

- 1 ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay cuán hermosa! Tus ojos de paloma entre tus guedejas, tu cabello como un rebaño de cabras que suben al monte de Galaad.
- 2 Tus dientes como un rebaño de ovejas trasquiladas que salen de bañarse, todas ellas con sus crías; no hay machorra en ellas.
- 3 Como hilo de carmesí tus labios y el tu hablar pulido. Como cacho de granada tus sienes entre tus guedejas.
- 4 Como torre de David tu cuello, fundada en los collados; mil escudos cuelgan de ella, todos escudos de poderosos.
- 5 Tus dos tetas como dos cabritos mellizos, que están pacienciando entre azucenas.
- 6 Hasta que sople el día y huyan las sombras voyme al monte de la mirra y al collado del incienso.
- 7 Toda eres, amiga mía, hermosa; falta no hay en ti.
- 8 Conmigo del Líbano, esposa, conmigo del Líbano te vendrás, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la

cumbre de Sanir y Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de las onzas.

9 Robaste mi corazón, hermana mía, esposa; robaste mi corazón con uno de los tus ojos en un sartal de tu cuello.

10 Cuán lindos son tus amores, más que el vino, el olor de tus amores sobre todas las cosas aromáticas.

11 Panal que destila tus labios, esposa, miel y leche está en tu lengua, y el olor de tus vestidos como el olor del incienso.

12 Huerto cerrado, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada.

13 Las tus plantas (son) como jardín de granadas, con fruta de dulzuras; juncia de olor y nardo.

14 Nardo y azafrán, canela, con los demás árboles del Líbano; mirra y sándalo, con los demás preciados olores.

15 Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren del monte Líbano.

16 Sus, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, y orea el mi huerto y espárganse sus olores.

COMENTO.

« ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay qué hermosa! » Este capítulo no trae dependencia alguna con lo que arriba se ha dicho, porque todo es un loor lleno de requiebro y gracia que da el esposo á su esposa, particularizando todas sus facciones, encareciendo la hermosura dellas por comparaciones diversas, en que hay grande dificultad, no tanto por ser la mayor parte ajenas y extrañas de nuestro común uso y estilo, y algunas de ellas contrarias al parecer de todo lo que quieren declarar: sino es, como ya dije, que en aquel tiempo y en aquella lengua todas estas cosas tenían gran primor, como en cada tiempo y en cada lengua vemos mil cosas recibidas y usadas por buenas, que en otra lengua ó en otro tiempo no las tuvieran por bue-

nas, ó decir, lo que tengo por más cierto, que como todo este canto sea espiritual, y los miembros de la esposa que en él se loan sean varias y diferentes virtudes que hay en los hombres justos, explicadas por miembros y partes corporales; la comparación, aunque desdiga de aquello de que se hace al parecer, dice muy bien y cuadra mucho con la hermosura del ánimo, que debajo de aquellas palabras se significa.

Pues comienza el esposo como maravillándose de la excesiva hermosura de la esposa, y diciendo una vez y repitiendo otra, por mayor confirmación y demostración de lo que siente: «¡Ay qué hermosa te eres, amiga mía, ay qué hermosa!» Y porque no se pueda sospechar que la afición lo ciega, ni se satisface con decillo así á bulto, desciende en particular por cada cosa, y comienza por los ojos, que son, como dicen los sabios, donde más se descubre la belleza ó torpeza del ánimo interior, y por donde entre las personas más se comunica y enciende la afición.

«Son, dice, como de paloma tus ojos.» Ya dijimos la ventaja grande que hacen las palomas de aquella tierra á las de ésta, señaladamente en esto de los ojos; y como se ve en las que llamamos tripolinas, parece que les centellean como un vivo fuego, y echan de sí sensiblemente unos rayos de resplandor; y ser así los ojos de la esposa, es decille lo que los enamorados á las que aman dicen comunmente: que tienen llama en los ojos, y que su vista les abrasa el corazón.

«Entre tus guedejas.» En la traslación y exposición de esto hay alguna diferencia entre los intérpretes. La voz hebrea *zama*, que quiere decir cabellos ó cabellera, es propiamente la parte de los cabellos que cae sobre la frente y ojos, que algunos los suelen traer postizos, y en castellano se llaman lazos. San Jerónimo, no sé por qué fin, entendió por esta voz la hermosura encubierta; y así traduce: Tus ojos de paloma, demás de lo que está encubierto; en lo que no solamente va diferente del común

sentido de los más doctos de esta lengua, pero también en alguna manera contradice á sí mismo, que en el capítulo 5 de Isaias, donde está la misma palabra, entiende por ella torpeza, fealdad, y así la traduce. Como quiera que sea, lo que he dicho es lo más cierto, y ayuda á declarar con mejor gracia el bien parecer de los ojos de la esposa, mostrándose entre los cabellos; algunos de los cuales, desmandados de su orden, los cubrían á veces, y con su temblor los hacían parecer que echaban centellas de sí como dos estrellas; y siendo, como se dice ser, los hermosos ojos matadores y alevosos, dice graciosamente el esposo que entre los cabellos, como si estuvieran puestos en celada, le herían con mayor fuerza, y muy á su salvo hacían muy ciertos sus golpes.

Dice más: «Tus cabellos como un rebaño de cabras.» San Pablo confiesa que el cabello en una mujer es una cosa muy decente y hermosa; cierto es una gran parte de lo que el mundo llama hermosura; y por esto el esposo, después de los ojos, ninguna cosa trata primero que del cabello, que cuando es largo, espeso y bien rubio, es lazo y grande red para los que se ceban de semejantes cosas. Lo que es de maravillar aquí es la comparación, que al parecer es grosera y muy apartada de aquello que se habla; fuera acertada si dijera ser como una madeja de oro, ó que competían con los rayos del sol en muchedumbre y color, como suelen hacer nuestros poetas. En esto ya he dicho lo que siento; particularmente aquí digo que si se considera como es razón, no carece esta comparación de gracia y propiedad habido respeto á la persona que habla y á lo que especialmente quiere loar en los cabellos de esta esposa. El que habla es pastor, y para haber de hablar como tal, no puede ser cosa más á propósito que decir de los cabellos de su amada que eran como un gran ható de cabras puestas en la cumbre de un monte alto, mostrando en esto la muchedumbre y color de ellos, que eran negros y relucientes como lo son las cabras que pacen en aquel

monte. Señaladamente digo negros, porque de aquesta color eran muy preciados entre las gentes de aquella tierra y provincia, como lo son ahora en muchas partes, según que diremos después. Pues dice: Así como las cabras esparcidas por la cumbre del monte Galaad le adornan y hacen que parezca bien, el cual sin ellas parece un peñasco seco y pelado; así los cabellos componen y hermosean tu cabeza con gentil color y muchedumbre. Semejante á esta es la comparación que se sigue:

«Tus dientes como un hato de ovejas trasquiladas, que salen de bañarse;» que, además de ser pastoril, y por la misma causa muy conveniente á la persona que la dice, es galana y digna de gran significación y propiedad para el propósito á que se dice. La bondad y gentileza de los dientes está en que sean debidamente menudos, blancos, iguales y bien juntos, lo cual todo se pone en esta comparación como delante de los ojos; el estar juntos y ser menudos es decir que son como un hato de ovejas, que van siempre así apiñadas; la blancura, porque salen de bañarse, y la igualdad, es decir que no hay enferma, ni estéril en ellas. Basta la fealdad sola de la boca para hacer fea á una mujer, aunque todo el rostro sea hermoso; y la boca fea ninguna cosa le afea más, que los malos dientes. Así que, en esta parte la esposa queda bien loada.

Donde decimos *trasquiladas*, en el hebreo es cortar por regla y á la iguala; y así, quiere decir *trasquiladas* á una misma medida y regla y del todo iguales, que declara la igualdad de los dientes que he dicho, á que se compara. De los dientes sale á los labios, que para ser hermosos han de ser delgados y que viertan sangre; lo cual, así lo uno como lo otro, declaró maravillosamente, diciendo:

«Como hilo de carmesí tus labios;» añade luego: «Y el tu hablar polido;» lo cual viene muy natural con los labios delgados, como cosa que se sigue una de otra; porque, según dice Aristóteles, en las reglas de conocer calidades de un hombre por sus facciones, los labios delgados son

señal del hombre discreto y bien hablado y de dulce y graciosa conversación.

«Como cachos de granada tus sienes entre tus guedejas.» Compara las sienes, que en una mujer hermosa lo suelen ser mucho, á cacho de granada, ó por mejor decir, á granada partida, por la color de sus granos, que es mezcla de un blanco y colorado, ó encarnado muy sutil, cual es la color que se ve en las sienes delicadas y hermosas, que por la sutileza de la carne y cuero que hay en aquella parte, y por las venas que á esta causa se juntan, se descubre más allí que en otra parte si tiene lo blanco, y da gran contentamiento á los que la miran.

Las sienes en hebreo se llaman *raqua*, que es como decir flacas y delgadas, porque son más que ninguna otra parte del cuerpo. «Entre tus guedejas,» esto es, que se te descubren y echan de ver entre los cabellos.

«Como torre de David.» Compara el cuello de la esposa á una torre, mostrando en esto que es largo y derecho y de buen aire, que es en lo que consiste ser hermoso. Pero hay gran diferencia en lo que se le añade, «puesta en el cerco ó collado,» que en la palabra hebrea se declara diversamente por diversos autores. Unos dicen que es collado ó lugar alto; otros, cosa que enseña el camino á los que pasan, y otros dicen ser lo mismo que cerca ó barbacana, y todo aquello con que se fortalece una cosa; y cierto es que se halla en esta significación en el libro de Josué, en el capítulo 11, adonde se dice que Josué, no sólo dejó en pie las ciudades que había conquistado por fuerza de armas, por aquellas que estaban bien cercadas y fortalecidas, las cuales se dicen por la palabra hebrea ya dicha. Lo que á mí me parece más acertado en este lugar para abrazar todas estas diferencias ya dichas, es trasladar así: «Tu cuello como torre de David puesta en atalaya;» que es decir, en lugar alto y fuerte y que sirve para descubrir á los enemigos si vienen y mostrar el camino á los que pasan, y por

el oficio de que sirve y el sitio que tiene, de necesidad ha de ser cosa fuerte.

Dice de David, que es decir, de las que edificó David, y no hace comparación con torre edificada en llano, sino en la cuesta, puesta en atalaya y lugar alto, porque lo está así el cuello, puesto sobre los hombros. «Mil escudos cuelgan de ella, esto es, de la torre, todos escudos de valientes,» que es de gentes de armas que están allí de guarnición. En esto de los escudos no es menester decir que se hace comparación al cuello ó alguna parte de él, sino como mención de la torre. Es un divertirse, ó contar algunas condiciones de ella, aunque no venga mucho en el propósito que espiritualmente se trata, lo que es una cosa muy usada y graciosa en los poetas, sino queremos decir que los escudos colgados de la torre responden á las cadenas y collares que hermozeaban el cuello de la esposa, así como á la torre los escudos.

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos (que están paciendo entre las azucenas.» No se puede decir cosa más bella, ni más al propósito, que comparar las tetas de la esposa á dos cabritos mellizos, los cuales, demás de la ternura que tienen por ser cabritos, y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa tan linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen donaire con que llevan tras sí y roban los ojos de los que los miran, poniéndoles afición de llegarse á ellos, que todas son cosas muy convenientes, y que se hallan así en los pechos hermosos á quien se comparan. Dice que «pacen entre las azucenas», porque, con ser ellos de sí lindos, así lo parecen más, y queda así más encarecida y más loada la belleza de la esposa en esta parte.

«Hasta que sople el día y huyan las sombras voyme, etc.» Soplar el día y huir las sombras, ya he dicho ser rodeo con que se declara la tarde, pues dice ahora el esposo que se va á tener la siesta y á pasar el día hasta la tarde entre los

árboles de la mirra y del incienso, que es algún collado donde se crían semejantes plantas, que las hay muchas en aquella tierra; y decirle esto ahora después de tantos y tan soberanos loores con que la ha loado, es convidalla abiertamente á que se vaya; mas vuelve luego la afición, y torna á loar las perfecciones de su esposa, que son mudanzas muy propias de amor, y dice como en una palabra todo lo que antes había dicho por tantas, y por en particular de toda su hermosura.

«Falta no hay en ti;» que aunque no lo dice por palabras, porque las de los muy aficionados siempre son cortas, dícelo con el afecto, y es como si dijese: Mas ¿me apartaré de ti, amiga mía? Ó ¿cómo podré estar un punto sin tu presencia, que eres la misma belleza, y toda tú convidas y fuerzas á los que te ven se pierdan por ti? Por tanto dice: «Vamos juntos;» y si es grande atrevimiento y pido mucho en pedirte esto, tu extremada y jamás vista belleza, que basta á sacar de su seso á los hombres, me disculpa. Demás de esto, dice: que nos volveremos juntos por tal y tal monte, donde verás cosas de gran contento y recreación para ti; que es aficionarla más á lo que pide con las buenas calidades del lugar, diciendo:

«Conmigo del Libano, esposa, te vendrás.» Libano aquí no es el monte así llamado, de donde se trajo la madera para el templo y casa de Salomón, de que se hace mención en el libro de los *Reyes*, que este no estaba en Judea, sino es lo que en los mismos libros se llama *Saltus Libani*, el bosque del Libano, llamado así por los reyes de Jerusalén, por alguna semejanza que tenía con los árboles ó con alguna otra cosa de aquel monte.

«Robaste mi corazón, hermana mía.» También esto es á propósito de persuadille lo mismo, que se vaya con él por el amor que le tiene, y porque le es á él imposible hacer otra cosa, como aquel que está preso y encadenado de sus amores; que es como si dijese: pues yo soy tuyo más que mío, no es justo que te desdeñes de mi compañía; y si el

campo y recreación con que te he convidado no basta para que te quieras venir tras mí, sabe que yo no me puedo apartar de ti ni un solo punto, no más que de mi misma alma, la cual tienes en tu poder; porque con los ojos me robaste el corazón, y con la menor cadena de las que te adornan tu cuello me tienes preso. Y de aquí torna á relatar, loando y usando de comparaciones nuevas, las gracias y la hermosura de la esposa por el fin ya dicho, que es demostrar que no puede ir sin ella, y obligalla así que le siga, si no queremos imaginar y decir que salió ya y se fué con él, y así, juntos y á solas, y cogiendo el fruto de sus amores, encendido el esposo, como es natural, con un nuevo y encendido y más vivo amor, y lleno de un terrible gozo, habla con mayor y más particular dulzura y regalo; que esto experimentan cada día las almas aficionadas á Dios, que cuando por secreto é invisible amor les comunica su gracia, derretidas sus almas de amor, se requiebran con él y se desentrañan, diciéndole mil regalos y dulzuras de palabras; y esto viene muy bien con lo que se sigue:

«Cuán lindos son tus amores;» que es como si junto con ellos y enterneciéndose en su amor, le dijese: Hermana mía, querida y dulcísima esposa, más alegría me pone amarte que la que me pone el vino, ó á los que con más gusto le beben; tus unguentos y aceites, que son algalias, y los demás olores que traes contigo, vencen á todo el mundo; en ti, y por ser tuyos, tienen un particular y aventajado olor; tus palabras son todas miel, y tu lengua parece anda toda bañada en leche y miel, y no es sino dulzura, gracia y suavidad todo lo que sale de tus labios; hasta tus vestidos, además de que te están bien y adornan maravillosamente tu gentil persona, huelen tan bien y tanto, que pareces con ellos al bello monte del Libano, donde tanta frescura hay, así en la vista de las verdes y floridas plantas como en los suaves olores que el aire mezcla; porque en aquel bosque, como hemos dicho, había plantas de grande y excelente olor; que todo lo demás está declarado

por lo que se ha dicho en otros lugares antes de este.

«Huerto cerrado.» Prosigue en su requiebro el rústico y gracioso esposo, y aunque pastor, muestra bien la elocuencia que aprendió en las escuelas de amor. Así, con una semejanza y otra alaba la belleza extremada de su esposa, y declara agora así enteramente y á bulto toda la gracia y frescura y perfección, lo cual había hecho antes de agora particularizando cada cosa de por sí. Pues dice que toda ella es como un jardín cerrado y guardado, lleno de mil variedades de frescas y preciosas plantas y yerbas, parte olorosas, parte sabrosas á la vista y á los demás sentidos; que es la cosa más cabal y más significativa que le pudo decir en este caso para declarar del todo el extremo de una hermosura llena de frescor y gentileza; y añade luégo otra semejanza, diciendo que es así agradable y linda, como lo parece y lo es una fuente de agua pura y serena rodeada de hermosas yerbas y guardada con todo cuidado, porque ni los animales, ni otra ninguna cosa la enturbie. Las cuales dos comparaciones propónelas desde el principio como en suma, y luégo prosigue cada una de ellas por sí más extendidamente, diciendo «huerto cerrado», esto es, guardado de los animales que no le dañen, y tratado con curioso cuidado; que donde no hay cerca no se puede guardar jardín, ni menos al amoroso que vive sin aviso y sin recato no hay que pedille planta alguna, ni raíz de virtud.

«Hermana mía, esposa, eres tú huerto cerrado;» repítelo segunda vez para encarecer más la significación de lo que dice; «y fuente sellada,» que es cercada con diligencia para que nadie enturbie su claridad. «Tus plantas,» esto es, las lindezas y grandezas innumerables que hay, amiga mía, en este tu huerto, que eres tú, son como jardín de granadas con fruto de dulzuras, que es decir, dulces y sabrosas cuales son las granadas, adonde también hay cipro y nardo, con los demás árboles olorosos; y pone un gran número de ellos, de arte que viene á ser un deleitoso jar-

dín, el cual pinta; y tal dice que es su esposa, tal su belleza y gracia; toda ella y por todas partes y en todas sus cosas graciosa y amable y alindada, como es el jardín á que la compara; que ni hay en él parte desaprovechada, ni por cultivar que no lleve algún árbol ó yerba que la hermostee, ni de los árboles y yerbas que tiene hay alguno que no sea de grande deleite y provecho, como diremos de cada uno; que según la verdad del espíritu, es mucho de advertir que en el justo y en la virtud están juntos provecho, deleite y alegría con todos los demás bienes, sin haber cosa que no sea de utilidad y de valor, y que no sólo tiene y produce fruto que deleite el gusto y con que deleite su vista, sino también verdor de hojas, olor de buena fama con que recree y sirva al bien de su prójimo, como lo declara maravillosamente el real profeta David en el salmo primero, adonde dice del justo que es como un árbol plantado en las corrientes de las aguas, que da fruto á su tiempo y está siempre verde y fresco, sin secarse jamás la hoja; y señaladamente es de advertir que todos estos árboles de que hace mención son de hermosa vista y excelente olor; por lo cual queda confundido el desatino de los que dicen que las ceremonias y obras exteriores no son necesarias con la fe; porque lo son mucho para la salud del alma del justo, con la fe que está escondida en ella, y es gran disparate no hacer mucho caso de las buenas y loables obras y muestras de fuera, que son las hojas y el olor que edifica á los circunstantes.

«Cipro.» Dioscórides en el capítulo 41 del libro I pone dos maneras de él: uno que se trae de la India oriental en una raíz y semejanza al jengibre, y de este no se habla aquí; el otro, de quien aquí se hace conmemoración, es un género de junco, alto dos codos, cuadrado ó triangulado, que á la raíz tiene unas hojas largas y delgadas, y en lo alto hace una mazorca llena de menuda flor, y es aromático y de grandes provechos; criase junto á las lagunas ó lugares húmedos, y señaladamente se crían en Siria y en

Cilicia, y en español llaman juncia de olor ó avellanada, y en latín *juncus odoratus*.

«Nardo.» Yerba es por el semejante olorosa y provechosa; de ella hay algunas diferencias, y una de ellas se da muy bien en Siria y Palestina, según dice Dioscórides. En España, en algunas partes la llaman azumbar.

«Canela y cinamomo.» Canela es lo que los griegos llaman *caria*. Galeno dice que el cinamomo tiene una suavidad de olor que no se puede explicar; y es cosa cierta que el cinamomo es cosa muy delicada en sabor y olor, y de más precio que la caria, aunque se parecen en muchas cosas, y lo uno y lo otro se trae hoy de la India de Portugal, y según parece, son diferencias de canela mejor y más buena. En el original hebreo, donde yo volví canela, algunos trasladan *calamus aromaticus*, que es otra yerba diferente de la caria ó cinamomo, como parece por Dioscórides y por Plinio, que se da en Siria, semejante algo á la juncia de olor que es más olorosa que ella, y quebrada no se tronza, sino levanta astillas. El cinamomo que puse está en hebreo, *Quinamon quane*, que los doctores de la lengua dicen que es cinamomo. Mirra tórnase aquí por el árbol de donde se saca, del cual dice Plinio es alto cinco codos y algo pinoso, y herida su corteza, destila de él una gota, á quien se da el nombre del mismo árbol.

Sándalo está en hebreo *haloth*, por donde algunos traducen áloe ó acíbar, llevados del sonido de la voz; en lo cual se engañan grandemente, porque el acíbar no se cuenta entre los árboles, sino entre las plantas, y es una planta pequeña, de un tronco y una raíz y de hojas gruesas; por lo cual otros traducen sándalo, que es un árbol hermoso y de buen olor, y viene mejor con el intento de la esposa, que hace mención de todas las plantas olorosas y preciadas que suelen hermostear más un jardín muy gentil, y así dice: «Con todos los demás preciados olores.»

«Fuente de huertos.» Había comparado el esposo á su querida esposa, no sólo á un lindo huerto, sino á una pura

y guardada fuente; declara agora más esto segundo, especificando más las calidades de aquella fuente, y dice: fuente de huertos, esto es, tan abundante y copiosa, que de ella se saca por acequia agua para regar los huertos. «Pozo de aguas vivas;» esto es, no encarchado, sino que perpetuamente manan, sin faltar jamás. «Que corren del monte Libano,» que, como hemos dicho, es monte de grandes y lindas arboledas y frescas, y muy nombrado en la Escritura; para que de esto se entienda que es muy dulce y muy delgada el agua de esta fuente de que habla, pues nace y corre por tales mineros, con lo cual queda pintada una fuente con todas sus buenas calidades, de mucha agua, muy pura, muy sosegada, muy fresca y muy sobrada, que jamás desfallece; para que de la lindeza de la fuente del jardín entendamos la extremada gentileza de la esposa, que es como un jardín y una fuente.

«Sús, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego.» Esto es un apóstrofe y vuelta poética muy graciosa, en la cual el esposo, habiendo hecho mención y pintura de un tan hermoso jardín, como habemos visto, prosiguiendo en el mismo calor de decir, vuelve su plática á los vientos cierzo y ábrego, pidiéndoles, al uno que se vaya y no dañe en su lindo huerto, y al otro que venga y que con su soplo tan templado y apacible le recree y le mejore, y ayude á que broten las plantas que hay en él, que es bendecir á su esposa y desear su felicidad y prosperidad, lo cual es muy natural cuando se ve ó se pinta con afición y palabras una cosa. Según el espíritu, significa hacer Dios que cesen los tiempos ásperos y de tribulación, que encogen y como que marchitan la virtud; y enviar el temporal templado y blando de su gracia, en que las virtudes, que tienen raíces en el alma, suelen brotar en público, para olor y buen ejemplo y provecho de sus prójimos; y así, el esposo, diciendo que su esposa es un jardín, añade y dice luégo: ¡Ay! Dios me guarde mi jardín de malos vientos, y el amparo del cielo me lo favorezca; no vea yo el rigor y el aspereza

del cierzo, que, como se ve, es un viento dañósimo y por su demasiado rigor abrasa y quema los jardines y huertos; «venga el ábrego,» y sople en este huerto mío con airecito templado y suave, para que con el calor despierte el olor, con el movimiento se lleve y derrame por mil partes; por manera que todos gocen de suavidad y deleite. Y esta bendición es dicha así y muy graciosamente, por irse conforme á la naturaleza del huerto de que habla; porque es regla que cuando bendecimos ó maldecimos ó aborrecemos alguna persona ó cosa tal, la maldición ó bendición ha de ser conforme á su oficio ó naturaleza, conforme lo hizo David en aquella lamentación sobre la muerte de Saúl, diciendo: ¡Oh montes de Gelboé, estériles seáis, sin ningún fruto ni planta, privados del beneficio del cielo, y rocío ni agua descienda sobre vosotros!

CAPÍTULO V.

ESPOSA.

1 Venga el mi amado á su huerto y coma las frutas de sus manzanas delicadas.

ESPOSO.

Ven á mi huerto, hermana mía, esposa; cogí mi mirra y mis olores, comí mi panal con la miel mía, bebí el vino y la mi leche, comed, compañeros, y bebed y embriagáos.

ESPOSA.

2 Yo duermo y el mi corazón vela; la voz de mi querido llama. Abre, hermana mía, compañera mía, paloma mía, per-